



LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA.

No necesitaría más el mundo, para llegar definitivamente al término de su progreso, que aniquilar esa distancia inmensa que media entre la teoría y la práctica. Dueños de la intuición, de la inducción y del razonamiento, nos atrevemos á asegurar que en muchos y muy complicados y oscuros puntos de la ciencia humana hemos llegado á ver claro; que es á cuanto pudiera aspirar el sér pensador, si este sér, tan hábil y todo como Dios lo ha hecho, fuera capaz de hacer lo que dice.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

Pero de mucho tiempo atrás el hombre da el espectáculo curioso, para mengua de sus privilegios, de decir cosas muy buenas y hacer cosas muy malas; de predicar como un inspirado y obrar como un estúpido, de enseñar lo que él mismo no puede aprender, y de practicar sin taxativa todo aquello que elocuente y sábiamente condena en los demás.

Estas ó parecidas reflexiones debe haberse hecho San Pablo cuando decía: «haced como predico y no como obro;» y desde San Pablo ¡cuántos padrecitos y cuántos maestros lo han repetido, movidos por un aviso saludable de su conciencia!

Y lo peor es que el mal, de puro viejo, es mal inherente á la especie humana, y lo llevará mientras exista hasta la tumba. Pero, afortunadamente, aunque no para la especie en general, durante esta comedia de los siglos, algunos actores se salen con la suya de representar en el mundo el papel de hombres prácticos; y es fama universal que son los que en la dolorosa peregrinación

se llevan la mejor parte de goces y de comodidades.

La filosofía y la ciencia empeñadas en encontrar verdades, han llegado á decir las como una loma; pero por más que se amontonan unas sobre otras las verdades, las sentencias y las máximas, la mayoría de las gentes han de seguir obrando contra la lógica del sentido común, y sólo los hombres prácticos, entre tanto, son en este mundo los que sacan la mejor tajada.

Desde el yankee que hace una nación poderosa en cien años, hasta el caballero de industria que hace diez fortunas en veinte, están comprendidos todos los hombres prácticos, y no importa si los teóricos silban ó aplauden, ellos se salen con la suya.

Que maravillosa combinación de facultades morales ha sido necesario colocar en el cerebro humano para engendrar la teoría; quiere decir, el plan, el prospecto, la regla, la razón de lo que se va á hacer, el origen del hecho, la luz. No queda más que hacer, no hay más que obrar, obedecer al plan,

cumplir el prospecto, seguir la regla por la razón de lo que se va á hacer, en una palabra: practicar. ¡Qué gran conquista! ¡Albricias! Ya no hay vacilaciones, ¡á obrar! obrar es la cuestión secundaria, es la parte subordinada á la teoría. Eso es poner una piedra sobre otra piedra para hacer una casa, y esa es la tarea de los peones; el plano, el cálculo, los pesos, la resistencia, la forma y el cómputo, es lo que importa; la obra del arquitecto, esa es la teoría.

Pero hé aquí que el sér pensador en este punto importantísimo del problema, es donde se pierde el juicio, la razón, la lógica y el sentido común, y en vez de poner una piedra sobre otra para levantar la casa, rompe los planos y hace todo lo contrario de lo que manda el arquitecto.

Las teorías y las verdades se olvidan de puro viejas y el hombre sigue obedeciendo de preferencia á sus pasiones y á sus instintos. Pues señor, que la ciudad de México se hunde más y más en su fango; que la mortalidad acrece cada día, que el aire está

envenenado, que la basura y el polvo lo invaden todo, que la población se arrastra penosamente hacia el Oeste huyendo del contagio.—¡Higiene! ¡higiene! grita la teoría; ¡higiene! repiten los infestados; estamos en peligro, nos morimos, socorro! La teoría se erige en congreso de sabios que desmenuzan la cuestión, diciendo cosas magníficas, apuntando verdades como un puño, derramando axiomas claros como la luz, poniendo el dedo en la llaga con una precisión matemática, redondeando, en fin, por completo, la teoría del remedio.

¡A la práctica. Aquí está la salvación, aquí está el busilis, ya sabemos á qué atenernos. A la práctica!

Y aquí es donde esa especie de maldición que pesa sobre los mortales, muy especialmente sobre los mortales mexicanos, influye en que en medio de la gritería y de la alarma, las autoridades se miren las unas á las otras con cara de sordo para exclamar después de todo «Pues no hay con qué.»

Un día inventa la teoría plantar un jardín en el centro de la plaza principal de México.

—Magnífico, exclaman los ediles, restregándose las manos; porque esto de hacer jardines, especialmente en el aire, es cosa propia de la teoría y de los regidores.

—Con estatuas! dice uno.

—Eso es, con estatuas en sus pedestales, repite otro muy contento.

—Y con cuatro fuentes.

—Eso, eso! con fuentes, con sus juegos hidráulicos!

—Por ejemplo, dice uno. Unos tritones sosteniendo una taza de bronce que derrame el agua por toda su circunferencia, para medio velar las figuras esculturales con un velo diáfano.....

—Como de perlas y diamantes, agrega un regidor que hace versos.

—Eso es! y sobre la taza un surtidor, que envíe sus aguas.

—Alto muy alto, dice un tercero.

—No muy alto, compadre, objeta otro

edil, porque recuerde usted que nuestra agua no tiene presión.

—Bueno, pues no muy alto.

—Hasta donde se pueda.

—Y si agregamos cuatro cisnes en cada fuente, figúrese usted compañero, qué efecto van á hacer! cuatro cisnes del tamaño natural, y como nadando en la superficie del agua trasparente de que estará rebozando el cuerpo principal de.....

—Oh, magnífico! Ya me parece que los veo. Con que cuatro cisnes en cada fuente, eh? Quiere decir diez y seis cisnes por todo. Una verdadera parvada de cisnes!

—Y si á esto agregamos las estatuas, dice un regidor amante de las artes; por ejemplo Mercurio, la Vénus púdica, la Vénus.....

—Mucho cuidado con las Vénus. Recuerde usted, compañero, que se trata de un paseo público y las niñas.....

—Esas son antiguallas: en todos los paseos públicos hay Vénus, y sobre todo las buscaremos un poco honestas.

—Pondremos flores, muchas flores.

—Pero finas, dice un amigo de Tonel.

—Finas, por supuesto.

—Y en esto de bancas?

—Ah, por de contado! bancas de fierro.

—Va á costar eso un dineral.

—No le hace; vale la pena de hacer un sacrificio.

—No es tanto lo que costará el jardín, dice un regidor muy sensato, sinó el gasto de conservación que implica un gravamen permanente para los fondos municipales.

—Lo que es eso, dice un regidor muy joven, no me preocupa. Lo que importa es que la actual corporación haga el jardín, y allá los ayuntamientos que vengan verán cómo se las componen para la conservación.

—Esto de conservar jardines con fuentes y con estatuas, es una obra de lujo para lo que se necesitan fondos y gastos permanentes, agrega el regidor sensato.

—Bueno, esa no es cuenta nuestra, replica el regidor joven; lo que importa es dejar el nombre de la corporación de este año en el jardín. Por ejemplo, si ponemos

banquetas de mármol, podemos poner en cada esquina con pedacitos de mármol negro y blanco como mosaico: «Ayuntamiento de mil ochocientos.... eh?» Qué gloria para la corporación, inmortalizará su nombre: figúrese usted, en mosaico!

Lo de la inmortalidad decide á la corporación á hacer la calaverada, y se hace el jardín.

No pasan muchos años y dos de aquellos regidores entusiastas, mas entrados en edad y mas tranquilos, contemplan con desencanto desde una de las bancas de fierro del susodicho jardín, su obra magna.

—Vea usted los cisnes, compañero.

—No me hable usted de los cisnes. Pobres animales! ahí los tiene usted hace algunos años nadando en seco, sobre su pedestal desnudo.

—Y luego que los pintaron de verde.

—Cisnes verdes! Para figurar que son de bronce.

—Qué bronce ni qué nada. Están asquerosos, llenos de polvo, y de telarañas, y algunos rotos, y á todos se les vé el zinc;

porque el pueblo, que convierte el brocal de la fuente en banca, les ha perdido el respeto por viejos y feos, y los manosea á su sabor.

—Vea usted, las estátuas.

—Nadie les pone la mano hace años; el polvo se ha acumulado sobre ellas y están detestables, causan lástima.

—Y recuerda usted en la discusión, compañero, cuando se decía que el objeto de las estátuas en los paseos públicos era educar la vista del pueblo, despertar el amor á las bellas artes, familiarizar á las gentes con las obras maestras de la escultura antigua.

—¡Quién nos había de decir que las habíamos de ver convertidas en espantajos de chilar! Vea usted compañero qué chorreones tiene aquella Vénus en los muslos, y qué cara la de la otra: ya no se le ven los ojos.

—Y las calzadas? Vea usted compañero están tan sinuosas como camino carretero. No han vuelto á ponerles la mano, y los guijarros se asoman á la superficie para lastimar los piés de los paseantes.

—¡Y dónde me deja usted el mármol de las banquetas!

—Como tienen eternamente una capa de tierra encima, los piés de los transeuntes lo despulen de día y de noche hasta adelgazarlo. No durará un año más.

—El mármol quiere aseo.

—Y las flores cultivo.

—Y las fuentes agua.

—Y los paseos dinero.

—¡Cuánta distancia hay, compañero, entre la teoría y la práctica!

Esta lamentación del regidor, que es también la nuestra, tiene su razón de ser en todas las cosas, así públicas como privadas, y hasta en las de más facil aplicación.

El arte de escribir, por ejemplo, es una muestra. Creen ustedes que todo el que ha aprendido á escribir escribe? No señor, la mayoría de los que aprenden á escribir en la escuela, no vuelven á escribir sino cuando no se pueden escapar de hacerlo. No nos escribe un amigo ausente, porque, según su propia confesión, «es muy flojo para

escribir,» no le contesta á usted su esuela de convite el señor N. porque no tiene á mano el tintero. Le manda á usted algún recado verbal, que el criado se encarga de tergiversar, y pone H. á su criada al tanto de una poridad de familia por no escribirle á usted un recado. La mayoría de las señoras viven y mueren sin haberle escrito más que á su novio. De todo lo que se gana en la escuela, lo primero que olvida el educando, después de los premios, es la ortografía, porque generalmente no vuelve á practicarla.

Decididamente estamos destinados á vivir en el mundo sin salvar nunca la distancia que hay entre la teoría y la práctica.

